

LA PERCEPCION

Actividad perceptiva del hombre. Su característica general

Hasta ahora hemos analizado las formas más elementales de reflejo de la realidad: procesos mediante los cuales el hombre refleja *indicios* sueltos del mundo exterior o señales que indican el estado de su organismo.

Hemos visto que dichos procesos son las fuentes principales de la información que el hombre recibe del medio interno y externo, que la ejecución de los mismos corre a cargo de los órganos de los sentidos en sus distintas modalidades, y que estos órganos receptivos pertenecen a los grupos de *interno*, *proprio*- y *extero*receptores, dividiéndose este último a su vez en dos subgrupos: receptores de *contacto* (el tacto y el gusto) y receptores a distancia (el olfato, la vista y el oído). Vemos asimismo que los procesos perceptivos de los indicios del mundo exterior y del medio interno pueden situarse a distintos niveles y tener diversa complejidad. A la forma de sensibilidad más elemental por su estructura, la *protopática*, corresponden el olfato y el gusto, así como también las formas más simples de sensibilidad *táctil*; mientras que a la forma *epicrítica* de

sensibilidad, la más compleja por su estructura, pertenecen la vista, el oído y los tipos más complejos de la sensibilidad táctil.

Por último, hemos visto que los procesos de reflejo de los distintos indicios que actúan sobre el hombre desde el medio externo o interno, o las sensaciones, pueden ser objetivamente medidos, y hemos conocido los procedimientos de medición de la sensibilidad absoluta y relativa y la variabilidad de la misma.

Nada de lo que hemos tratado en el capítulo precedente rebasa los marcos del estudio de las formas más elementales de reflejo o los límites del análisis de elementos sueltos del proceso de reflejo del mundo externo o interno. Sin embargo, los procesos reales de reflejo del mundo exterior rebasan en mucho los marcos de las formas más elementales. El hombre vive no en un mundo de manchas luminosas o cromáticas aisladas, de sonidos o contactos independientes, vive en un mundo de cosas, objetos y formas, en un mundo de situaciones complejas; cuando percibe las cosas que le rodean en casa o en la calle, los árboles y las hierbas en el bosque, las personas con quienes se relaciona, los cuadros que contempla y los libros que lee, invariablemente se trata no de sensaciones sueltas, sino de *imágenes integras*; el reflejo de dichas imágenes rebasa los marcos de las sensaciones aisladas, tiene como soporte el *funcionamiento mancomunado de los órganos de los sentidos y la síntesis de sensaciones sueltas* en complejos sistemas de conjunto. Dicha síntesis puede transcurrir tanto en los marcos de una modalidad (al examinar un lienzo aumamos las diversas impresiones visuales en una imagen global) como en los de varias modalidades (en la percepción de una naranja asociamos de hecho impresiones visuales, táctiles y gustativas, y agregamos además nuestros conocimientos acerca de ella). Sólo como resultado de esa asociación *transformamos las sensaciones ais-*

ladas en percepción integral y pasamos del reflejo de indicios aislados al reflejo de objetos o situaciones completas.

Sería profundamente erróneo creer que ese proceso de tránsito de las sensaciones relativamente sencillas a las complejas percepciones constituye un mero proceso de agregación de sensaciones aisladas o, como solían decir los psicólogos, el resultado de simples «asociaciones» de rasgos sueltos.

En realidad, el proceso perceptivo (o reflejo de objetos o situaciones completas) es mucho más complicado.

Reguiere destacar del conjunto de los rasgos influyentes (color, forma, propiedades táctiles, peso, gusto, etc.) los *indicios retores fundamentales*, haciendo abstracción a la vez (prescindiendo) de los rasgos insustanciales. Requiere la *unificación* de los grupos de indicios esenciales y básicos y la confrontación del conjunto de rasgos percibido con los conocimientos anteriores acerca del objeto. Si en el proceso de la misma, la hipótesis del objeto en cuestión coincide con la información recibida, surge el *reconocimiento* del objeto, y así culmina el proceso de percepción del mismo; si como resultado del cotejo no se produce la concordancia de la hipótesis con la información que realmente llega al sujeto, continúa la búsqueda de la solución adecuada hasta que el sujeto no logra ésta, dicho en otros términos, hasta que él no reconoce el objeto y lo cataloga en determinada categoría.

En la percepción de objetos conocidos (un vaso, una botella, una mesa) ese proceso identificativo del objeto transcurre muy de prisa, y al hombre le basta con asociar dos o tres indicios perceptibles para llegar a la solución necesaria. Cuando percibimos objetos nuevos o desconocidos el proceso de su identificación es mucho más complejo y se desarrolla en formas mucho más circunstanciadas.

Imaginemos que el hombre examina un aparato histológico que le es desconocido, el micrófono, destinado a obtener secciones finísimas de los tejidos. De inicio percibe

un cierto mecanismo, complejo, montado sobre un pesado soporte de hierro; luego destaca algunas piezas metálicas; y puede asaltarle la idea de si no será una balanza. Mas no encuentra los platillos propios de ésta o la escala indicadora del peso. Prosigue el examen del ignorado objeto, hasta que su mirada advierte una superficie lisa y una cuchilla de agudísimo filo contiguo a la misma. Entonces puede recordar que algo parecido vio en una tocinería y que dicho aparato lo usaban para cortar en finas lonchas el embutido o el jamón. Sólo después de esto, la afilada cuchilla contigua a la superficie metálica lisa se convierte en el indicio rector, y el sujeto empieza a hacerse la idea de que el objeto perceptible tiene relación con las máquinas de cortar, y que los tornillos micrométricos del mismo aseguran—por lo visto—la regulación exacta del grosor de los cortes. Así pues, la percepción íntegra del objeto surge como *resultado de una compleja labor analítico-sintética*, que destaca unos rasgos esenciales y manifiesta otros que no lo son, y *combina* los detalles percibidos en un *todo conciliado*.

Este complicado proceso de reflejo de objetos o situaciones íntegras es lo que en psicología se llama *percepción*. Es, pues, fácil advertir que el hecho perceptivo es un *proceso activo y complejo*, que a veces requiere una seria labor analítico-sintética.

De ahí que ni la sensación ni la percepción, y con mayor motivo ésta, puedan considerarse como reflejo pasivo de la realidad, como registro pasivo de la información que llega al organismo.

Este complejo carácter activo de la percepción se revela en toda una serie de indicios que requieren análisis especial.

Ante todo, el proceso de información no es en modo alguno el resultado de la simple excitación de los órganos de los sentidos ni del mero acceso a la corteza cerebral de los estímulos que surgen en los aparatos periféricos per-

ceptores (la piel, los ojos, el oído). En el proceso de la *percepción están siempre insertos los componentes motores* en forma de palpadura del objeto y movimiento de los ojos que destacan los puntos de mayor alcance informativo, canto o articulación de los sonidos correspondientes, que desempeñan un papel esencial para establecer las peculiaridades más sustanciales del flujo sonoro. Con esta tesis básica volveremos a encontrarnos al analizar los diversos aspectos parciales de la percepción. De ahí que lo más correcto de todo sea designar el proceso perceptivo como *actividad perceptora (captadora) del sujeto*.

Sigamos, el proceso perceptivo se halla estrechamente relacionado con la *activación de las pautas de la experiencia anterior*, con el cotejo de la información que llega al sujeto y las representaciones anteriormente formadas, la comparación de los influjos actuales con las ideas antaño cristalizadas y el desglose de los indicios sustanciales, con la creación de hipótesis sobre el alcance supuesto de las informaciones recibidas, la síntesis de los rasgos perceptibles en conjuntos plenos y la «toma de decisión» sobre la categoría a que se refiere el objeto percibido. En otros términos, la *actividad perceptora (captadora) del sujeto es afin a los procesos del pensamiento directo*, y con una afinidad tanto mayor cuanto más nuevo y complicado sea el objeto perceptible.

Es natural, por lo tanto, que la actividad perceptora casi nunca se reduzca a los marcos de una modalidad, sino que incluye en su estructura el resultado de la labor mancomunada de varios órganos de los sentidos (analizadores), en el proceso de la cual se han ido integrando las representaciones materializadas en el sujeto. Por último, es también esencial la circunstancia de que el proceso perceptivo del objeto no se efectúe nunca a nivel elemental, pues en su estructura entra siempre el nivel superior de la actividad psíquica, y, en particular, el *lenguaje*.

El hombre no se limita a mirar los objetos y registrar

pasivamente los rasgos de los mismos. Al destacar y unificar los rasgos sustanciales, siempre *designa mediante la palabra los objetos percibidos*; los nombra, y debido a ello conoce más a fondo sus propiedades y los cataloga en determinadas categorías. Al percibir un reloj y designarlo interiormente con ese nombre, hace abstracción de los rasgos insustanciales, como son: el color, la dimensión, la forma, y destaca el rasgo esencial, designado por el nombre de «reloj» (*horologium*), la función de marcar el tiempo (la hora); a la vez cataloga el objeto percibido en determinada categoría y lo separa de otros afines por su aspecto externo, mas pertenecientes a categorías distintas (verbigracia, del teléfono, que también tiene «esfera», el disco, con las cifras correspondientes, pero cumple una función enteramente distinta). Todo ello confirma una vez más la tesis de que la actividad receptora del sujeto, por su estructura psicológica, puede acercarse al pensamiento directo. El carácter activo y complejo de dicha actividad motiva diversas peculiaridades de la percepción humana que concuerdan de igual modo a todas las formas de ésta.

La primera peculiaridad de la percepción consiste en su *carácter activo mediatizado*. Como ya hemos mencionado, la percepción humana se halla mediatizada por los conocimientos anteriores del hombre, cristalizados en base a la experiencia anterior, y constituye en sí una compleja actividad analítico-sintética, que incluye la creación de hipótesis sobre el carácter del objeto percibido y la toma de decisión en cuanto a si el objeto percibido corresponde realmente a dicha hipótesis.

La segunda peculiaridad de la percepción humana radica en su *carácter objetivo y generalizado*. Según hemos señalado anteriormente, el hombre no sólo percibe el conjunto de los indicios que llegan a él, sino que también justiprecia dicho conjunto como objeto determinado, sin limitarse a establecer las particularidades individuales del mismo, pero refiriéndolo siempre a determinada categoría,

percibiéndolo como «reloj», «mesa», «edificio», «animal», etcétera. Ese carácter generalizado de la percepción evoluciona con la edad y el desarrollo intelectual, haciéndose cada vez más nítido y reflejando el objeto percibido cada vez más a fondo, con todo el crecido número de los rasgos esenciales que caracterizan el objeto y de los nexos y relaciones en que el mismo entra.

La tercera peculiaridad de la percepción humana estriba en su *permanencia (constancia) y cabalidad (ortoscopia)*. A través de nuestra experiencia con el objeto obtenemos una información bastante exacta en cuanto a sus propiedades fundamentales; sabemos que el plato es redondo, la caja de cerillas rectangular, el lirio blanco, el ratón pequeño y el caballo grande.

Este conocimiento anterior del objeto se une a su percepción directa y la hace más constante (permanente) y más cabal (ortoscópica); inserta además una cierta enmienda a las singularidades que puede adquirir dicha percepción en condiciones cambiantes.

Es bien notorio que si hacemos girar un plato al que está mirando el sujeto, cambiará su impronta en la retina del ojo, tomando gradualmente el carácter de óvalo y hasta de rectángulo alargado; sin embargo, durante mucho tiempo seguimos percibiendo la forma del plato de situación cambiante como «redonda», haciendo la correspondiente enmienda basada en el conocimiento real de la forma del mencionado objeto.

Algo análogo sucede, pues, en cuanto a la percepción del color. Sabemos que un trozo de carbón, colocado en un ambiente vivamente iluminado, refleja mejor los rayos que un trozo de papel blanco en la penumbra. No obstante, seguimos percibiéndolo como negro, introduciendo aquí la adecuada corrección a nuestras impresiones directas, cambiantes en virtud de la situación. Por último, la posterior singularidad de la percepción humana radica en su *movilidad y manejabilidad*.

El proceso de la actividad receptora se determina siempre por la tarea que está planteada ante el sujeto. Al examinar un cuadro con el fin de precisar el método de trabajo del pintor, el hombre hace caso omiso del contenido del mismo y destaca cómo están concebidas las pinceladas en el lienzo; si la tarea es determinar la época a que pertenece la obra, destacará el estilo pictórico, la indumentaria de las personas representadas en el cuadro y la arquitectura de los edificios; si trata de analizar el tema general del lienzo o el suceso representado en el mismo, ampliará el círculo de la información que le llega, contemplando el cuadro en su conjunto; por el contrario, al plantearse la tarea de captar la mímica de las personas representadas en el lienzo, diráse que reduce el volumen de su percepción y se concentra en pormenores aislados de la obra.

Lógicamente, ese valor determinante de la percepción que entraña la tarea con la que el hombre se enfrenta u orientación de éste, hace de la percepción humana un fenómeno móvil y dirigido, y estas singularidades del hecho perceptivo dependen en alto grado del papel que en la actividad perceptora desempeñan la experiencia práctica del sujeto y su lenguaje intrínseco, que permite formular las tareas y cambiarlas.

Es por entero comprensible que todo ello distinga sustancialmente la actividad perceptora del hombre respecto a la de un animal, ya que la de éste—no obstante su movilidad—carece de la entidad volitiva y dirigida que caracterizan la actividad perceptora y consciente del hombre. Todas las peculiaridades descritas de la actividad dinámica perceptiva del hombre permiten conocer mejor las condiciones de las que ella depende.

Por supuesto, la percepción cabal de los objetos complejos depende no sólo de la precisión con que funcionan nuestros órganos de los sentidos, sino también de muchas otras circunstancias esenciales. Entre ellas figuran: la experiencia anterior del sujeto, la extensión y profundidad

de sus representaciones; la tarea que él se plantea al examinar el objeto dado; el carácter dinámico, consecuente y crítico de su actividad perceptora; la integridad de los movimientos activos que componen la estructura de la actividad perceptiva; y la facultad de interrumpir a tiempo las conjeturas sobre la entidad del objeto perceptible, cuando éstas no armonizan con la información recibida.

La complejidad de la dinámica actividad perceptora ofrece la posibilidad de esclarecer asimismo los defectos que se advierten en la percepción del niño en las etapas tempranas de su desarrollo, y también las particularidades de los trastornos perceptivos que pueden originarse debido a estados patológicos del cerebro. Dichas particularidades suelen adquirir diverso carácter en dependencia del eslabón de la cadena receptiva que sufra subdesarrollo o trastorno.

Así pues, la insuficiente agudeza de sensibilidad (visual o auditiva) puede ocasionar errores perceptivos, que cabe, sin embargo, compensar felizmente sin más que recurrir a los aparatos intensificadores de la sensibilidad o bien concentrar más la atención del sujeto.

Los defectos relacionados con el trastorno de la síntesis de los indicios perceptivos (que suelen registrarse en los casos de lesiones de las zonas terciarias, sintéticas, de la corteza cerebral) pueden conducir a que indicios sueltos del objeto visible sigan percibiéndose con normalidad, mientras que el sujeto no se siente capaz de percibir el objeto en su conjunto y ha de efectuar angustiosas conjeturas acerca de lo que puede significar la combinación de los indicios percibidos por él mismo.

Por completo distinto es el carácter que adquieren las deficiencias perceptivas cuando se altera la dinámica actividad perceptora. En estos casos, todo el complejo proceso separador de los rasgos esenciales del objeto y la confrontación del supuesto imaginado (hipótesis) con la información que realmente llega pueden quedar alterados, y el

hombre limitarse a enunciar imprudencialmente la suposición en cuanto al significado del objeto perceptible sobre la base de indicios sueltos del mismo, en ocasiones de los pormenores más deslumbrantes o que más saltan a la vista, sin confrontar su hipótesis con la información que de hecho llega ni corregir tampoco sus erróneas conjeturas.

Finalmente, de nuevo pueden tomar otro carácter las fallas perceptivas en los casos en que la orientación nacida en el hombre adquiere inercia patológica y el hombre comienza a percibir no tanto lo que corresponde a las singularidades del objeto perceptible que sobre él influyen, como lo que espera ver y lo que armoniza con sus inertes orientaciones apriorísticas. Algunas de las formas de espejismo perceptivo que se advierten en determinados grupos de pacientes con estado cerebral patológico, adquieren precisamente ese carácter.

Luego de habernos detenido en las tesis más generales sobre la psicología de la actividad perceptora del hombre, podemos ahora analizar las distintas formas parciales de la percepción humana.

LA PERCEPCION TACTIL

Formas simples de la percepción táctil

Conforme dijimos anteriormente, el tacto es una forma compleja de sensibilidad que encierra en su estructura tanto componentes elementales (protoplásticos) como otros complicados (epicríticos).

Entre los primeros figuran la sensación de frío y de calor, y la sensación de dolor; entre los segundos, las sensaciones genuinamente táctiles (de contacto y presión) y aquellos tipos de sensibilidad profunda o cinestética que integran las sensaciones propioceptivas.

Los aparatos epidérmicos de la sensación de calor y de frío radican en las minúsculas *papilas*, dispersas en el grosor de la piel. Como aparato de las sensaciones dolorosas sirven los extremos libres de las sutiles fibras nerviosas que perciben las señales de dolor; y como aparatos periféricos de contacto y presión, las singulares formaciones nerviosas denominadas corpúsculos de Meissner y corpúsculos de Vater-Pacini, situados asimismo en el gro-